

INCORRECTA

• AFROS • FEMINISMOS • MIGRANTES • SEXUALIDADES •

Lunes 30 de noviembre de 2015 · Nº 3

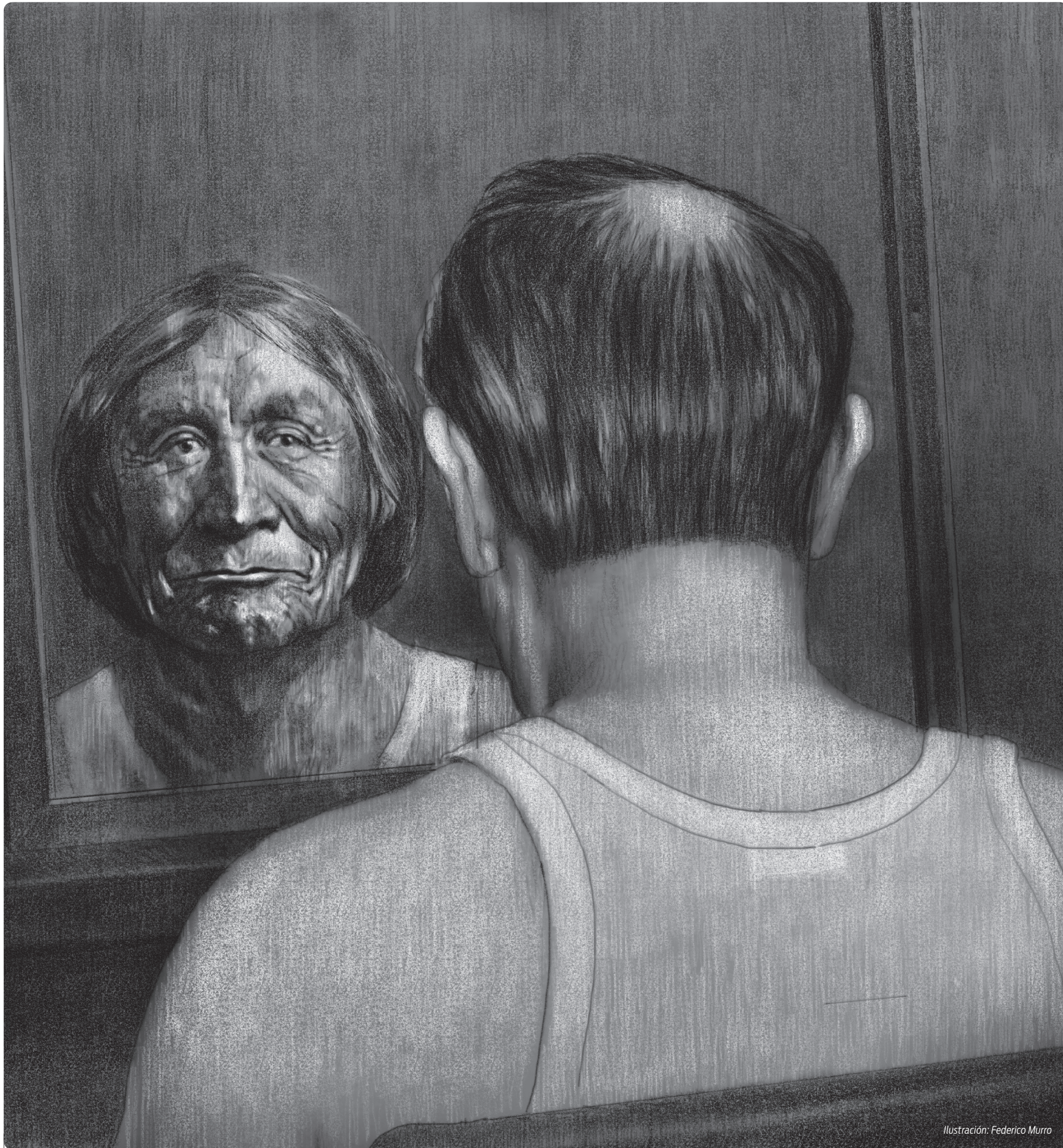


Ilustración: Federico Murro

Migraciones internacionales

Esos rostros extraños

Más que chinos en el bajo oriental

Lo asiático entre Florida y Ciudadela

ALA JOVEN de 23 años le asignaron un nombre por sorteo. Se llama Beatriz desde hace cinco años, cuando una profesora uruguaya de Español en la Universidad Normal de Harbin, en la noroeste provincia de Hei Long Jiang, la bautizó al castellano. Tianyi Zhang es una de los diez estudiantes de intercambio que llegaron desde China el año pasado, gracias a una universidad privada.

En una de las clases de castellano la profesora le puso nombre nuevo a cada alumno. A Tianyi le dijo “tenés cara de Beatriz”, y así, a golpe de suerte y verdad, la extranjera fue uruguayizada. “La gente no te entiende”, lamenta en un español más que bueno, y ya lleva más de dos años en el país. La falta de comprensión es más cultural que idiomática.

Zhang quería escapar del estrés chino y adora la placidez uruguaya, la tranquilidad de su gente, las playas y sus ventoleras, disponer de tiempo libre, la ausencia de cierta presión social. Adora salir a bailar y volver a cualquier hora en Montevideo.

Llega a la entrevista con bolsas de shopping. Tianyi es toda risa, está a gusto. Es hija única de un policía y una funcionaria del Ministerio de Agricultura de la República Popular de China, que en sus juventudes no salían más que para cenar, jugar bolos o ir al cine. Ahora le preguntan por qué gasta tanto dinero. “Yo no gasto, Uruguay es tan caro”, dice acostumbrada a controlar el frenesí consumista.

Los uruguayos “siendo extranjera te tratan bien”, dice convencida, cerca de su apartamento en Pocitos. Recuerda las gentilezas de los uruguayos. Pero también que la hicieron sentir una delincuente.

La sociedad en general -y me hago cargo de mis prejuicios- es medio cabeza dura y cabeza gacha, tosca y miedosa ante lo que no conoce, se nubla, y abre el paraguas.

Zhang es estudiante de la Maestría en Gestión de la Educación de la Universidad ORT, y fue a un centro educativo en Minas. Tenía que entrevistar al personal docente y encuestar a los padres parada en la puerta del centro educativo. La coordinadora de la escuela la llamó y le pidió que no encuestara más; dos padres se preguntaban qué hacía esa chica “extraña” preguntando cosas en la puerta. Mientras entrevistaba a una madre, llegó la Policía. Dos oficiales la indagaron sobre todos sus datos. Le temblaron las piernas, pensó que no era delincuente sino estudiante, pero igual se “sentía mal por esto. Fue la única vez en dos años” que le produjimos dolor.

Tianyi cuida mucho sus movimientos y sus palabras. Pero igual llama la atención: “Sólo porque soy china. Si fuera uruguaya, la gente no llamaría a la Policía y



Ilustración: Federico Murro

aquella vez me hubieran hablado. Entiendo que la gente tenga miedo. Sí, puedo ser un poco extraña. Y se puede preguntar y resolver el asunto, pero no en esta clave. Nadie me preguntó qué hacía, simplemente llamaron a la Policía”.

◆◆◆

Uno de los tres cuidaparques de la Plaza Independencia dice que no sabe nada de esos extraños, aunque los ve todos los días.

Suben del muelle Florida del Puerto de Montevideo susurrando entre ellos; nunca están solos. Ríen como los animé, se acurrucan en las plazas como El Pensador de Rodin, y hay quienes se tambalean con la sed del marino que ha pasado seis meses, dos años y hasta ocho arriba de un barco. Otro cuidaparque dice que andan en chancletas y bermudas, que no parece importarles la mojadura de la lluvia, que no se asean, que andan con el “pelo así”. Pero también que no todos son iguales.

Un treintañero que trabajó en las agencias marítimas que hacen de nexo entre pesqueros, cargueros y las autoridades portuarias uruguayas dice que muchas veces son analfabetos. Que habitualmente cuando llegan al muelle les dan 50 dólares para que llamen a sus familias, cenar en un restaurante, descarguen su libido como prefieran, se emborrachen de alcohol y de máquinas

tragamonedas en un hotel de alfombras rojas o en una casa con cumbia, luces de colores y chicas de labios pintados para el dialecto universal de la Torre de Babel. Todos van y vienen, pero duermen en el barco.

Son como medusas que trasegan según la temperatura del agua buscando al calamar. Pero los precios de amarras y vituallas aleja cada vez más del muelle montevideano a las pesqueras chinas y coreanas. Entre octubre y diciembre, por lo general, se dedican al mantenimiento de las naves. Capaz que por eso ahora se los ve mirando todo, esperando en el banco de la Plaza Independencia el zarpe y el zarpazo.

La de los marinos no es fácil; el mismo gestor de agencia marítima recuerda que están seis meses o más en altamar. Los barcos coreanos buscan peces más caros que los chinos y se especializan en la pesca a la encandilada del calamar. Tienen una alta autonomía, sus buques hasta 100 metros de eslora, se abastecen de combustible, vituallas y descargan la cosecha marina en el medio de los océanos, en las bodegas de los tanqueros de los barcos que los abastecen.

El marinero chino en promedio cobra 500 dólares al mes, un sueldo que en Asia es muy bueno, estima el gestor uruguayo. Les dicen que se los depositan en una cuenta, que les llegará a las fami-

lias. Pero muchas veces ni siquiera tienen cómo confirmarlo. Los seis meses embarcados pueden llegar a ser años. Cuando desembarcan en Montevideo y quieren regresar, les informan que la vuelta a China cuesta 2.500 dólares; entonces el armador los convida a firmar un nuevo contrato y así sigue la rosca en cada puerto. Se pasan años arriba de los barcos, muchas veces soportando golpes, insultos, violencia sexual y “putiadas” de capitanes, jefes de máquina y oficiales.

Llegar a tierra es la posibilidad para solucionar los temas de convivencia acumulados durante meses o años. El puerto es la descarga. A bordo no les es permitido tomar alcohol. “No pueden hacer nada porque un barco está arriba del agua y si quieren escapar no pueden”, dice una persona que abandonó los pesqueros chinos en 1999 y se quedó en Montevideo.

Ellos cargan las toneladas de pescado que abastecen a una porción significativa de las bocas del mundo. El crecimiento sostenido de la pesca global descansa en sus espaldas y en sus dientes agujereados.

◆◆◆

China es el principal responsable de la captura de pescado mundial y de la suba en su consumo. Cincuenta y ocho millones de personas trabajan en el sector primario de la pesca en el mundo. Durante 2012, recogieron más de 91 millo-

nes de toneladas, casi 14 millones las levantaron las redes chinas, según la FAO. Mientras que en el resto del mundo se demanda 15,4 kilos de pescado per capita, cada chino cocina, promedio, 35 kilos por año. Sin embargo, los pescadores que caminan por Florida preparan su tanza y anzuelo en altamar para tirarlos por la borda y sentir el tirón de algún pescado más incauto que ellos al morder el anzuelo. Si caminan por Florida es porque cocinaron ese escualo que brotó de su caña -o su red- y lo mezclaron en su propia olla con arroz. Los pescadores que pescan todos los peces del mundo no pueden tocar la santísima producción global, deben proveerse por sus propios medios. No entienden el español, como no comprenden al capitán. No vinieron al mundo para entender, desembarcaron para pescar y conversar en idiomas que se entienden exclusivamente del otro lado del mundo: el chino, el coreano, el vietnamita, el filipino.

◆◆◆

Lo asiático es un espacio vacío que los montevideanos abandonamos en la Ciudad Vieja. La cercanía del hampa y el Puerto, herencia de la historia, no hablan nuestro idioma eurocéntrico, occidental y cristianamente ateo/higienista.

Un marinero vietnamita bajaba o subía por Florida hasta Cerro Largo. En esa esquina, un 12 de junio de 2011, Nguyen Van Trung iba a un cibercafé a comunicarse con el trozo de vida que le quedó allá, lejos. Cuánto tiempo habrá estado pensando en esa llamada. Sería una hija, sería un hermano, un padre, sería. Tres uruguayos lo injuriaron. Los perros sedientos de violencia se repartieron los pedazos de una rata. Una, otra y otra y otra puñalada terminaron con la vida del vietnamita de 45 años que vaya a saber cuántos se pasó arriba del barco. Llegaron los policías de la Seccional y las cámaras de Canal 4; había sangre, no había más vida. La mosca quedó atrapada en la red y la araña fustigó. “Lo mataron como mosca”, remata un asiático menudo que administra uno de los restaurantes de la calle Ciudadela, que dice que no habla castellano pero conversamos una hora, después de que le regalé la seguridad de mi mejor sonrisa y hablé de buenas intenciones.

Dice que los uruguayos somos atrevidos, que no profesamos el respeto que coreanos y chinos -según él- les tienen a los demás. Aunque también reconoce hombres buenos, pero no son los que habitan a su lado.

Cheng Zhe Jin cuenta que ya conoce la cárcel. Que en China no hay rejas excepto en grandes fábricas o en los presidios. Por eso, no puede creer la cantidad de rejas que hay en Uruguay, un país “que no aprieta tanto la cabeza”, un país que “nunca tuvo guerra”. Se le nota

el orgullo. Dice que China va a ser más grande que Estados Unidos, pero que antes era complicado hasta conseguir arroz.

El hombre cumplió 44 años y está cerrando su restaurante de la calle Ciudadela. Tuvo la suerte de vender la llave del local, donde además vive con su esposa, Claudia, y sus dos hijas, todas uruguayas hinchas del bolso y fans de cuando Cheng pone a crujir las tiras de asado en la parrilla.

La ciudadanía uruguaya se la dieron después de cinco años con su empresa abierta, de millones de fotocopias, timbres, abogados, escribanos y aportes al BPS. Claudia dice que “migraciones no estaba muy afín de darle la ciudadanía”.

Cheng vivió en Piedras Blancas y salía con poco dinero a la calle, a sugerencia de Claudia.

“¿Mony, amigo?”, les preguntamos con tono de amenaza a los pescadores de la calle Florida. Y

cuando van a sacar un billete de 20 pesos les roban la billetera, se lamenta Claudia. Cheng les dice a los marinos que no den monedas. “El uruguayo no tiene respeto porque le ve la cara al asiático y empieza a tomarle el pelo o putiar”, dice enojado. “Mirá un chino”, decían en Piedras Blancas como si estuvieran mirando un documental de *NatGeo* y no a una persona.



Cuando Beatriz llegó a Uruguay le preguntaron si en China comen perro. Beatriz respondió que la televisión reporta desde lugares donde hay insectos, perros y monos para alimentar el voyeurismo mediático. Que comer perro es una costumbre coreana y que los restaurantes de Corea se instalan en China.

Un amigo mexicano, activista, opina que los uruguayos somos racistas. Una uruguaya, en un

encuentro de organizaciones sociales latinoamericanas, contó un “chiste” que escuché muchas veces en Uruguay. Alguien preguntó si tal comida era china, japonesa o coreana. La uruguaya vociferó: “¿No es lo mismo?”. Y largó una sonrisa sarcástica. Nadie rió. Nos quedamos riendo solos, comiendo perro. ■

Guillermo Garat

Atravesar el infierno sobre la Bestia

La migración centroamericana en México

TENOSIQUE, lugar de máscaras y danzas, frontera de tierra y agua, es ahora la puerta del infierno en el que se ha convertido México para quienes atraviesan el país con la intención de llegar a Estados Unidos. No sólo, claro. México se ha convertido en un infierno también para los de ‘casa’: secuestros, asesinatos, masacres, desapariciones, asaltos, extorsiones, trata de personas, violencia, ajustes. Ayotzinapa pronuncia el dolor más íntimo, la vergüenza, la rabia: 43 estudiantes desaparecidos. El gobierno implicado hasta el tuétano.

México reúne y multiplica los nueve círculos de Dante y añade algunos más. El horror se extiende a través de territorios discontinuos, cierto, pero cada vez más amplios. Ya lo dijo Fernando del Paso: “Me duele en el alma que nuestra patria se desmorone”.

Si los de ‘casa’ enfrentamos riesgos, quienes entran sin papeles y atraviesan el infierno invisibles, sin más prueba de su existencia que su propio cuerpo, están a merced del horror con sus mil rostros: la delincuencia organizada, el agente de migración, la policía federal o municipal, el coyote, el oficial, la procuraduría.

Testimonios de asaltos y vejaciones son el pan cotidiano en las casas de migrantes, pero no es extraño que entre los perpetradores se encuentren autoridades.

Al momento de escribir este texto estoy de visita en la Casa del Migrante de Tenosique, que lleva el nombre de “La 72”, precisamente en memoria de las personas asesinadas en la masacre de San Fernando, en 2010, un crimen que continúa sin esclarecerse, que continúa impune.

El 30 de noviembre iniciará en Tenosique la caravana de madres centroamericanas que buscan a sus hijos, desaparecidos en México. Elocuente movilización que expresa el horror en el que se ha convertido este territorio.

Entre humedales

Tenosique, ubicado en la cuenca del río Usumacinta y en el estado

de Tabasco, es frontera con Guatemala. Es el punto de encuentro con el tren, con la Bestia para quienes entran por esta zona. El Usumacinta, mono sagrado o lugar de monos, es el río más caudaloso de México. Su forma caprichosa asemeja la cola de un mono. Nace en Guatemala y desemboca en el Golfo de México. Todo el río Usumacinta es navegable y ancestralmente el pueblo maya lo ha navegado en un recorrido que incluso permitía llegar a la península de Yucatán y rodearla.

Para llegar a Tenosique desde El Ceibo, el puerto fronterizo entre México y Guatemala, hay que caminar cerca de 60 kilómetros. Quienes entran por tierra tienen que caminar una buena parte de esa distancia entre matorrales, para escapar a la vista de las autoridades. Caminar 60 kilómetros deshace los zapatos y llaga los pies. Caminarlos en época de lluvias —y en Tabasco llueve casi todo el año— entre humedales y charcos, provoca hongos y llagas más grandes.

El Ceibo es la puerta de tierra, pero también se puede llegar a Tenosique por La Palma, desde El Naranjo, en Guatemala, a través del río San Pedro. Ya en La Palma, pequeño poblado en territorio mexicano, hay que caminar hacia Tenosique. La distancia es un poco menor que desde El Ceibo, pero primero hay que navegar el río San Pedro en inseguras barcas llenas de gente.

En ese tramo los migrantes se enfrentan a secuestros, extorsiones, violaciones, robos. La Casa del Migrante de Tenosique acompaña a denunciar pero la negligencia de las autoridades parece esmerarse en los casos en los que las o los agraviados son migrantes. En teoría la ley obliga a que, quienes sean víctimas de delitos, puedan obtener una visa humanitaria con el fin de permanecer y dar seguimiento a su denuncia, pero rara vez los agresores son detenidos.

La casa del migrante hospeda en promedio cien personas dia-

riamente. El número que entra a Tenosique es mucho mayor, pues muchas personas no pasan por la casa del migrante, no se tiene registro alguno de su entrada, atraviesan el país de manera invisible, sujetas a todo tipo de abusos.

En los alrededores de las vías del tren se registran con frecuencia asaltos violentos. Encapuchados asaltan. Recibí el testimonio de un hombre con grave herida en la cabeza. Le robaron sesenta pesos mexicanos.

Pero uno de los más dolorosos testimonios que he recibido fue el de un hombre que venía con la dignidad herida: agentes de migración lo persiguieron en una zona pantanosa. Le quitaron todo. Mochila, dinero. Eran pocas pertenencias pero era todo lo que tenía y encima se llevaron más de mil pesos. No, no era sólo eso, nos dijo. Lo peor fue escucharlos reír porque luchaba por no ahogarse en el pantano al que cayó en la huida. Lo peor fue la burla, las palabras humillantes, la risa. Y eran agentes de migración.

La política migratoria del Estado mexicano, según la ley en la materia, debe estar regida por los principios de hospitalidad y respeto a los derechos humanos. Pero en la práctica es la persecución el sello, aunada a la criminalización de los migrantes, lo cual pone en riesgo la vida de las personas al obligarlas a esconderse y a tomar las rutas menos visibles, clandestinas y, por lo tanto, más peligrosas, más expuestas a ser víctimas de la delincuencia organizada.

Los agentes de migración han ocasionado directamente la muerte de migrantes en sus persecuciones. En ocasiones, literalmente, los han correteado hasta el río; entran a zonas peligrosas o sin saber nadar y se han ahogado. Recientemente se volcó una camioneta que era perseguida por oficiales de migración. Fallecieron nueve migrantes.

Si suben a un autobús, enfrentan varios retenes de migración y

las personas que no demuestren ser mexicanas son detenidas en las estaciones migratorias en condiciones carcelarias antes de ser deportadas. Usualmente son también maltratadas.

No se suben al tren, a la Bestia, por gusto, sino porque las vías seguras están prohibidas.

Refugiarse en el infierno

Tenosique es la primera estación de un viacrucis interminable para quienes atraviesan México. Esta frontera de tierra y agua en el sur del país, cuyo nombre en maya significa la casa del hilandero, es el punto de encuentro con la Bestia, temida y esperada.

Rieles oxidados, vagones antiguos, los fierros viejos y cansados, la fricción del metal, el chirrido aullando al mismo tiempo que la bocina. Pasa por Tenosique, a veces sin detenerse. Otras veces se detiene sólo para maniobrar, desenganchar vagones. La estación, olvidada, en ruinas, en abandono, con las paredes pintarrajeadas, tiene un aire fantasmal.

El tren dejó de ser de pasaje hace más de una década y ahora es únicamente tren de carga. Las y los migrantes se suben, muchas veces “al vuelo”, con el riesgo de caerse y ser mutilados puesto que, por el movimiento, por la velocidad, la fuerza “jala hacia adentro”.

Desde que se puso en marcha el “Plan Frontera Sur”, a raíz de la crisis que se vivió en 2014 en la frontera con Estados Unidos, modernizaron algunos vagones y arreglaron algunas vías para aumentar la velocidad del tren, con lo cual aumentó el peligro y el riesgo. Aumentó la persecución, aumentaron las deportaciones.

Arriba del tren, con frecuencia los migrantes son extorsionados y tienen que pagar una cuota para no ser arrojados de la Bestia.

Arriba del tren van jóvenes, mujeres, niños, adultos de mediana edad. Adolescentes solos que huyen de la violencia y que no son precisamente migrantes sino, en los hechos, refugiados aunque

desconozcan que pueden pedir asilo en México.

Tenosique es también, se va convirtiendo cada vez más, en zona de refugio para quienes huyen de la violencia. ¿De dónde vienen, que se refugian en el infierno?

“De otro infierno”, me cuenta Erik, “pero aquí tenemos una chance de salvar la vida porque no nos buscan a nosotros”. Ahí, en su infierno, tienen sentencia de muerte. Por un pleito, por droga, por no aceptar ser parte de la mara, por homofobia, por violencia de género. Aquí, en nuestro infierno, son anónimos. Hay un chance de salvar el pellejo, sostienen.

Un Salvadoreño amenazado, cuyo caso era para refugio, se encuentra en los alrededores de las vías, esperando el tren. Nos saludamos sin preguntas. Cerca de cincuenta personas están ahí, cerca de las vías, esperando. Cincuenta personas. En los rostros la angustia, la espera o la calma. El fracaso de los países, desmoronándose entre violencia, pobreza y corrupción.

Actualmente la mayoría de los migrantes que pasa por la Casa del Migrante viene de Honduras. Quizá a partir del golpe de Estado de 2009 aumentó de manera dramática la expulsión. Y, entre ellos, vienen garífunas. Los garífunas migran en familia. A ellos les están arrebatando sus tierras para megaproyectos turísticos. Es otro de los rostros del despojo, tan parecido al que enfrentan los pueblos indígenas en México.

Guatemala, El Salvador. Nicaragua. Algunos hablan ya de la diáspora centroamericana.

Sobre el lomo de la Bestia atraviesan el infierno.

Se escucha el tren. Se prepara para tomarlo al vuelo.

Es Tenosique. Es la primera estación. El viaje apenas comienza. Y el territorio, el infierno que se extiende delante, es extenso. ■

Martha Capetillo Pasos

Blanco sobre negro (y a veces viceversa)

Cuerpos y deseos en disputa

EN LOS JUEGOS (y afirmemos la segunda sílaba, que luego nos será conveniente: egos) de roles de género, poder, resistencias, luchas y un largo etcétera, todos ocupamos un rol social y siempre político.

A veces resulta estratégico confrontar, a veces callar, a veces simplemente introducir la pregunta, sembrar la interrogante en quien se considera dueño de la verdad, quien, generalmente, se convierte en un fundamentalista con el que se hace muy difícil tender vasos comunicantes. Esta estrategia tal vez resulte más eficaz y sensibilizadora que tirarle una piedra y pretender romper el vidrio (su prejuicio) desde la ventana por donde una gran parte de las personas se piensan, desde donde se producen y proyectan estereotipos que caen como bombas sobre los cuerpos del "otro" que está tras los vidrios.

Si el juego es tirar la piedra, quien piensa el mundo detrás de su ventana se detendrá a mirar la piedra y no al mundo que podría vislumbrar. Quien se cree dueño de la verdad teme a otras verdades detrás del vidrio.

En ese mundo construido por el otro estoy yo, ahí ha sido construida mi segunda identidad; primero hija/hermana/sobrino, después negra. Primero familia, después sistema educativo. En ese mundo fuera de la ventana vive lo incorrecto.

Estas reflexiones nacen de la conversación con un amigo que se queja de que un amante negro (afrodescendiente, corrige ante la evidencia de mi negritud), le robó luego de tener sexo. Mi amigo lo había invitado a su casa, dice que lo trató bien, cogieron divino y el negro lo jodió. Me urge una pregunta o invitación a mi amigo: ¿qué conversación tendremos?, ¿miramos la piedra o salimos a ver que hay fuera de tu ventana? Salgamos.

¿Cómo genera mi amigo blanco ser robado por ese hombre negro? Mi amigo se cogió al negro, el negro se cogió a mi amigo: cuerpos, objetos deseantes. La historia podría quedar ahí y a la hoguera el negro.

Pero, ¿cuál es el juego de ambos, qué rol están representando? ¿Acaso olvidamos que un encuentro entre dos o más cuerpos (y sólo cuerpos) es siempre el encuentro entre historias colectivas portadas por esas personas?

En esos juegos del ego se establece una relación mercantil: "Las relaciones sexuales implican relaciones corporales formadas culturalmente" (Connell, 2002:63). El negro robó lo que sentía que valía su dignidad, se llevó la plusvalía de haberle cumplido la fantasía al blanco. El desconcierto de mi amigo frente al hecho de ser robado puede explicarse en que no tuvo en cuenta el "precio" de la dignidad que ese hombre negro cree que vale.



Uno practicaba una fantasía, el otro cumplía el pacto económico-colonial de su cuerpo como objeto sexuado. Quien es mirado por la ventana, a veces tiene conciencia de serlo: "La persona que es objeto de racismo experimenta los sentimientos más profundos de ofensa, humillación, vergüenza y dolor. El racismo es la negación de su derecho a ser considerada totalmente humana. En este sentido, las personas que padecen racismo son las que mejor situadas están para decidir si un comportamiento o lenguaje es racista o no lo es" (Centro de Investigación de la Efectividad de los Derechos Humanos, 200:03).

Uno "necesitaba" placer, ¿qué podría estar necesitando el otro? Ambos, seguramente desconectados de la dimensión del amor; ninguno de los dos honestos y directos.

¿Alguien debe ir a la hoguera? Creo que sólo si la hoguera iluminara los sórdidos espacios de la inconsciencia racista que aún es persistente y está fuertemente arraigada a la conformación afectiva sexual del deseo manifiesto en nuestros cuerpos racializados. Entonces sí, van los dos, vamos todas y todos a "iluminar" nuestra conciencia, antes de quejarnos y mientras tenemos la piedra en la mano.

Creo que el mundo detrás de la ventana, el blanco o la blanca, no tiene presente en su retina un marco conceptual imprescindible para interpretar la realidad, su realidad: la infinidad de veces que los cuerpos negros de hombres y mujeres fueron ultrajados, penetrados, usados y tirados por el mundo. Ahora el blanco mira por la ventana, como si esa realidad en nada lo implicara.

Historias sórdidas, morbosas, de submundo, de fantasías eróticas donde el cuerpo negro es altamentepreciado por exótico, al que se lo carga de lujuria, de expectativas, cuando media el dinero, que establecen una demanda comercial a satisfacer. Los efectos de esta demanda, acompañados de los causados por el racismo, establecen un mercado donde la Venus o el Donisio negros son protagonistas. Herencias nefastas de la trata y el tráfico esclavistas, actualmente son formas evidentes de la persistencia y mutación del racismo sobre el mismo bien comercial: el cuerpo negro utilizable, intercambiable, comprable.

La invitación es a realizar el clásico ejercicio de hacer consciente lo inconsciente para hacernos cargo de la fantasía y responsables de lo que implica ponerla en práctica, explicitar el pacto si lo hubiera y asumir los efectos de tal desamor. Sí, del encuentro que fue despojado de amor, del amor que inicialmente ambos, mi amigo y el amante afrodescendiente, verdaderamente desean, que todos deseamos. Ambos cargaban sus demandas: "toda demanda [...] es demanda de amor", dice el viejo Lacan. Cada uno portando un cuerpo dolido, abusado, patriarcalizado, sexuado y racializado; ambos licuados por la modernidad que liquida lo que va quedando de lo que realmente desean: un encuentro amoroso con otro cuerpo amoroso.

Debemos permitirnos traer a la conciencia esas fantasías de placer para unos y de confort para otros, sin moralina, que es siempre complaciente y trae más de lo mismo: sólo un viejo rezongo. La morali-

na no deconstruye las jerarquías raciales ni vacía de blanquitud mi mente negra, no coloca a cada uno en su justo lugar para establecer relaciones como seres humanos íntegros y plenos en condiciones de igualdad real, no discursiva.

Las relaciones interraciales tienen en sí mismas una complejidad que les es intrínseca y se mantendrá mientras el racismo persista como paradigma de interpretación. El color de la piel seguirá proyectando prejuicios y estereotipos sobre quien porta esa piel.

Necesitamos revisar el patriarcado burgués y racista que nos habita -para deconstruir la mirada deseante sobre el cuerpo colonizado- como camino para establecer relaciones reales y responsables, en las que el "otro" deje de ser el gran Otro al que nombro y significado desde el lugar dominante que nos ha dado la blanquitud.

♦♦♦

El feminismo negro (*womanism*) implica con los varones afrodescendientes una relación distinta a la que claramente las mujeres blancas mantienen con los varones blancos. El *womanism*, si bien no niega la jerarquía patriarcal, también reconoce que en ellos, los varones negros, la condición racial pesa igual o más que su condición de género. "La conciencia de afinidad racial como base de solidaridad se debió desarrollar en el mismo momento en que los africanos se pusieron en el mismo barco en compañía de esclavistas blancos [...] En ese mismo momento desarrollamos la conciencia de hermandad, de sororidad, *sisterhood*" (Jabardo, 2005:46). Este concepto es tomado por las feministas blancas. M Lagarde lo define y desarrolla perfectamente:

"La sororidad es un pacto político entre pares [...] Cada vez es más urgente que utilicemos estos recursos políticos para desmontar las dificultades vitales y ampliar la cultura democrática: se trata de construir la democracia genérica entre nosotras" (Coordinadora Española para el Lobby Europeo de Mujeres, 2006:126,129).

Menos lineal es el lugar del varón afro homosexual o la mujer afro lesbiana. Si seguimos a Conell (2002) en su afirmación de que "hombre y mujer es un permanente constructo", precisamos visualizar la complejidad de esa construcción en devenir en el imaginario colectivo: aún no nos hemos despojado de los estereotipos de hombres y mujeres negras salvajes. Se hace necesario pensar un cuerpo afro que lejos está de ese rol asignado. Un lugar por lo menos complejo para construir un sujeto de derechos potente pero a partir de un sujeto negado e invisibilizado por el racismo.

Quizá sólo así mi amigo podrá comprender que además de sentirse "víctima" de su deseo, ultrajado, es cómplice y reproductor de su desamor. ¿Y el otro, el que está detrás de su ventana? Casi lo mismo: sólo descolonizando su cuerpo negro podrá vivir un acto amoroso (o sexual) sin tener que cobrar siglos de racismo y poder explícito y corporizado, sin que sienta o piense que, una vez más, su dignidad está siendo comprada de antemano. Sólo un nuevo pacto, consciente y amoroso (o placentero), puede acabar con el golpe, el robo, el engaño, la venganza y la opresión de cuerpos sujetos a sus propios egos. ■

Por el derecho a la luz del día

Cooperativa de trabajo trans-peronista La Paquito

LA VIDRIERA está repleta pero existe un orden entre la variedad de creaciones: remeras, estuches para celulares y tablets, tazas, pines, individuales y hasta baberos asoman a la tranquila calle Arzobispo Espinosa, del barrio de La Boca. Podría ser una tienda cualquiera, pero basta unos segundos para darse cuenta de que allí reina la militancia. Evita y Perón, Cristina Fernández y Néstor Kirchner o las frases “No fue magia” o “Ninguna quiere” (en alusión a la de la expresidenta o la lucha contra la violencia hacia las mujeres) estampan con una estética a veces pop, a veces clásica, cada uno de los objetos a la venta. Lo que podría ser una boutique posmoperonista palermitana, vaciando sentidos y sumándose a las modas, es en realidad una cooperativa. Y no cualquiera. La Paquito, nombrada así por el amigo y modisto personal de Evita, Paco Jamandreu, nació hace tres años y medio desde la Agrupación Nacional Putos Peronistas para crear fuentes de trabajo para las mujeres trans. La presidenta de La Paquito es Diana Aravena (primera candidata trans a legisladora por la Ciudad de Buenos Aires), una pelirroja de ojos verdes, casi transparentes, de gestos y hablar pausado, que atiende el local, que también es taller, con máquinas de coser a la vista, mesas de trabajo, folletería y carteles. Diana aparece desde el fondo y lo primero que hace es ir a buscar a la calle a Yamita, la verdadera dueña del lugar, una gata negra, diminuta, que dos por tres se escapa. Con la gata ya en brazos, que no ofrece ninguna resistencia, Diana se acomoda en la silla y, ahora sí, empieza la charla.

—¿Cómo nace tu militancia?

-Yo venía de militar en el Movimiento Nacional Empresas Recuperadas, que es una consecuencia de 2001 y del “que se vayan todos”, y antes había tenido bastante actividad gremial. Pero en 2007 me entero de la existencia de Putos Peronistas y me pareció que era el lugar donde había que estar. Antes de eso no tenía militancia específica en temas de diversidad. De hecho, durante mucho tiempo iba y venía, no era trans full time, digamos. Cargaba todavía con eso de las expectativas de los demás, con el propio sentimiento de culpa y con la obligación de, para sobrevivir, para conseguir un trabajo, tener que disfrazarme de chongo. Y por muchos años pensé que lo que me pasaba a mí era algo extraño; ni siquiera conocía el término trans. Habiendo vivido la adolescencia en dictadura, todo era aun más tapado, difícil. Y en Putos Peronistas encontré una síntesis de las dos militancias.

—¿Por qué Putos Peronistas?

-La organización se crea en La Matanza (Provincia de Buenos Aires) y nace para diferenciarse del resto de las organizaciones de la diversidad, que básicamente son ONG y en un punto hacen gala y se definen como apolíticas y apartidarias. A nosotros nos parece que representan esa idea bien de los 90 de que el Estado no hace falta y eso del “gay asimilable”. Y nosotros pretendemos expresar otra cosa. Primero, que los cambios derivan de la política y sobre todo del peronismo, que es el lugar de los excluidos. Y al usar el “puto”, que es como suelen insultarnos, hacemos una apropiación,

“‘El gay es gorila y el puto es peronista’. Eso es entender que justamente el concepto de lo ‘gay friendly’ es ‘friendly’ mientras tengas un buen poder adquisitivo”.



A la derecha, Diana Aravena.

resignificando la palabra. Además, queremos expresar una cuestión de clase, hacemos cargo de las reivindicaciones de los compañeros más pobres, de los putos de barrio. Por eso nuestra frase: “El gay es gorila y el puto es peronista”. Eso es entender que justamente el concepto de lo “gay friendly” es “friendly” mientras tengas un buen poder adquisitivo. Pero si no tenés un mango, tenés que aguantarte a la Policía, que te cueste conseguir un lugar para vivir, que te cobren el doble en un hotel, que en los boliches gay no te dejen entrar. En fin, que si sos morocho o suburbana tenés la vida más difícil. Y también entendemos desde Putos Peronistas que nuestra lucha -conseguir nuestros derechos- es parte de la lucha de todo el pueblo. No son luchas de minorías, porque son derechos que se conquistan.

—En los últimos años han conquistado varios derechos, como la ley de identidad de género y el matrimonio igualitario.

-Sí, fueron grandes logros y tuvimos un gobierno con el que nos identificamos, pero queda mucho por hacer, como el acceso al trabajo, que sigue siendo un problema.

—¿La cooperativa surge como una salida laboral que no sea la prostitución?

-Nosotros no tenemos una posición en contra del trabajo sexual. No somos abolicionistas. Sí decimos que tienen que haber alternativas. Que es una cagada que las trans tengamos como única opción de vida, de supervivencia, estar en la calle, en la esquina, en la ruta. Por eso exigimos una ley de inclusión laboral, en el Estado y en la actividad privada. Presentamos un proyecto en 2013 que ahí quedó, porque el ministro de Trabajo no estaba de acuerdo con la ley de cupos. Y nosotros le dijimos que era la única manera, porque no convencés a los empleadores sólo con cursos de sensibilización. Entonces en la agrupación se dio la discusión de qué hacer con el tema. Primero, por nuestra reivindicación peronista, de que el trabajo es lo que organiza la sociedad,

es lo que te da derechos, obra social, acceso a una educación. Y segundo, porque el trabajo es lo que empieza a romper con la discriminación, por todo ese desconocimiento que hay. Y es peor en el interior. El otro día una compañera de un pueblito de Santa Fe me contaba que ellas no salen de día, no conocen el día prácticamente. Algo terrible. Por eso decidimos hacer la cooperativa, para ver si podíamos encontrar una solución laboral para nuestras compañeras, en principio, y demostrar y demostrarnos que esto que decimos es cierto y funciona así.

—¿Cómo fue el arranque?

-Un compañero sugirió la idea de hacer esto que hacemos ahora, estampado por sublimación en distintos materiales, en remeras, neoprenes (como los estuches), las tazas que son de cerámica o de plástico y otras cosas más; y por un tema de costos era mejor que cualquier otro rubro. Tenemos dos líneas: la específicamente peronista, que es nuestro nicho, y después sobre pedido. Nos encargan 100 remeras de tal cosa y cintitas, o pines, y las hacemos. Participamos en muchas ferias, actos políticos, marchas, con un stand. Algunas cosas, poquitas, se venden por Facebook. Eso deberíamos activarlo más y encontrar una forma de distribución. Pero hay algunos conocimientos que todavía no tenemos.

—¿Habías hecho algo de esto antes?

-No, aprendí con la práctica. Desde manuales de uso de las máquinas hasta tutoriales de Youtube. Siempre decimos que quemamos un montón de tela para hacer el laburo. Y después tuvimos que aprender todo lo que implica una gestión, comprar, vender, sacar un precio, toda la parte positiva.

—¿Cuántas personas trabajan en la cooperativa?

-No somos un número muy fijo. Entre ocho y 12. Depende de un montón de cosas, de demandas de laburo, de que tengan ganas de venir. Por eso siempre insistimos en lo de los cupos del Estado. Porque nosotras ya teníamos la experiencia organizativa, pero para empezar

de cero cuando no tenés experiencia de laburo, y siempre estuviste en la calle, con una cultura individual, siendo vos sola contra el mundo para ganarte el mango, es difícil insertarte en un colectivo. Luego existe alguna expectativa de compañeras que dicen “empiezo a laburar y voy a tener todos los meses tanta plata”, y eso a veces no es tan así porque varía.

—¿Cuál ha sido el impacto de La Paquito?

-En relación al barrio, cuando llegamos éramos como un grupo de marcianas que habíamos bajado del colectivo 39. Yo vivía en Constitución. La gente pasaba por acá y asomaba la cabeza. Pero de a poco nos hicimos parte y tenemos reconocimiento y además nuestro objetivo es que el laburo sea territorial para todos. Si hacemos un taller, que sea abierto al barrio. Acá en La Boca se ve bien el desastre de la gestión macrista. Hay muchos problemas de vivienda, escuelas hechas pedazos, y nosotras queremos ayudar en lo que podamos. Obviamente, el vecino que era transfóbico probablemente lo siga siendo. Hasta el año pasado sacábamos fotocopias también, y acá al lado hay un consultorio médico para jubilados y venían las señoras y charlábamos, y hasta a veces se llevaban algo. Igual ya que vinieran estaba bien.

—¿Cuál ha sido la transformación internamente?

-El hecho de trabajar en sí te cambia hacia adentro, te valorás de otra manera. Es empezar a tomar conciencia de que tu lugar no es solamente la calle, que podés acceder a otras cosas, salir a la luz del día. Como dice la presidenta: “empoderarte”. O cuando tenés alguna situación en el hospital, poder reclamarlo. Te da otra perspectiva de la vida. Y la cooperativa funciona también como espacio de cierta contención, en la medida que podemos y en lo que sabemos. Temas de papeles, situaciones como de alguna que metieron presa. Es un poco una tarea de unidad básica.■

YO NO SOY

La obsesión por lo propio

Sobre identidad y política

LA IDEA DE que la identidad de las personas y los grupos tiene un papel relevante en política es relativamente nueva, pero ya ha transformado radicalmente los modos de tramitar los asuntos colectivos. Hemos pasado de las clases como categoría clave del análisis y el quehacer políticos y de la igualdad como aspiración, a las de identidad, minorías, grupos de adscripción, con su reivindicación del derecho a la diferencia y el reconocimiento, típicamente posmodernos. La forma en que el marxismo hegemónico y el liberalismo entendieron y siguen entendiendo la política tiene no pocos problemas. No los voy a abordar aquí, no teman. Apenas pretendo señalar el contraste entre una política que pretendía ocuparse de todos —incluso el socialismo más clasista tenía un horizonte universalista, pues con su emancipación, el proletariado iba a liberar a la humanidad entera— y otra, la actual, en la que el espacio público está superpoblado por una serie de grupos y minorías anclados en identidades sexuales, étnicas, culturales, religiosas, que se ocupan de lo particular, que no pretenden hablar en nombre de ningún bien común, sino que reclaman reconocimiento en el espacio público y presencia en las instituciones políticas por ser quienes son, desentendiéndose del conjunto.

Actualmente el espacio público es un espacio fragmentado. En nombre de alguna de las incontables identidades particulares parece haber desaparecido el horizonte de lo común. Pululan los colectivos de un solo tema y escasean los que se ocupan de todos. Cualquiera que lleve adherida la etiqueta de progresista debe hablar en nombre de algún movimiento con identidad sexual, racial, religiosa o cultural propia. La última versión de lo políticamente correcto viene con pueblo originario, cultura ancestral y perspectiva de género incluidos. Hasta los barrios y clubes de fútbol se ufanan de su singular e irrepetible identidad.

El fenómeno permitió que la desigualdad y la discriminación que sufrían esos grupos se expusieran crudamente a la luz pública. Su voz fue y es necesaria para recordarnos esos problemas, pues quienes no los padecen no suelen siquiera percibirlos.

Mi propósito no es, sin embargo, insistir en sus méritos, pues gracias a la imperativa celebración de la diversidad que caracteriza a nuestra cultura política, los grupos identitarios tienen abogados de sobra. Lo que propongo, sepan disculpar, es hablar de los problemas del irresistible ascenso de la política identitaria.

◆◆◆

La política, la política moderna al menos, aspiró a corregir

las desigualdades resultantes de *aquello que no depende de nosotros*, como la cuna en la que nacimos, la raza o el sexo que tenemos, y configurar una sociedad de iguales. Para eso era imprescindible reducir la influencia de lo que no depende de nuestras elecciones (el origen social, la tradición, la cultura en la que se nació, los condicionamientos biológicos), de modo de equilibrar las posibilidades de todos de elegir y desarrollar un proyecto propio, es decir, la vida que se quiere llevar, que después de todo en eso consiste la libertad. Antes de que la preocupación por la identidad se hiciera omnipresente, la política —especialmente una política transformadora, de izquierda— se proponía precisamente “ignorar” esas determinaciones no elegidas, no en el sentido de negar su existencia, sino en el de trascenderlas.

La “identidad democrática” (permítanme la licencia) no está obsesionada con las diferentes identidades grupales, sino con los derechos comunes de todos los humanos. Acepta las peculiaridades de cada uno, pero no las adora ni les garantiza su eterna pervivencia, porque quiere que las personas dejen de ser prisioneras de un destino determinado por el origen. Ese vástago del republicanismo que es el socialismo no sacralizaba a la clase obrera, creía que estaba llamada a desaparecer, pues le parecía que su condición era terriblemente limitada, como lo es la de cualquier grupo definido en torno a un único y reductor rasgo.

Los grupos identitarios (cuyas diferencias no puedo abordar en un espacio limitado como éste) parecen, en cambio, más preocupados por ufanarse de sus orígenes, por lo que son, por aquello que es inmodificable de su condición, como le ocurría al *Goofus Bird*, el pájaro de *El libro de los seres imaginarios* de Borges, que construía su nido al revés y volaba para atrás porque no le importaba a dónde iba, sino de dónde venía. De acuerdo, no somos iguales, pero la política republicana es un proyecto de igualdad, no de celebración de las diferencias.

◆◆◆

La política no es posible cuando no hay espacio público, dice el filósofo Daniel Innerarity, ese lugar donde se ponen en juego los diferentes intereses y deseos, donde se consideran las distintas reivindicaciones, y cuyas síntesis y decisiones pueden implicar postergar algunos de esos intereses particulares. Sin ese poner en juego los propios intereses y convicciones no hay política. Y eso es lo que ocurre cuando el reclamo

identitario (y no sólo el identitario) pasa al primer plano o cuando se incursiona en el espacio público sólo para hacer valer “lo propio”.

Ahora forma parte de nuestra normalidad política que grupos religiosos reclamen subsidios para sus escuelas; que los ortodoxos judíos justifiquen la limitación de los derechos de “sus” mujeres en nombre de sus particulares creencias; que los llamados pueblos originarios tengan (como en el Estado plurinacional de Bolivia) un sistema de justicia propio, diferente al que están sometidos el resto de los ciudadanos (y que incluye castigos físicos); que los nacionalistas catalanes no quieran compartir con el resto de los españoles “sus” impuestos; que en este país los legisladores evangélicos sostengan que respetarán la constitución siempre y cuando no vaya contra la ley de dios; que la discriminación positiva no se asuma como un mal menor, como política circunstancial y paliativa, sino como un *ideal regulativo*, como una conquista. Lo que late detrás de estos ejemplos es la pretensión de sustraerse a las reglas que nos rigen a todos y que ha llegado incluso a la desmesura de reclamar el blindaje frente a la crítica y el sarcasmo, a la exposición de razones (que ahora se consideran ofensas), como aducen los fundamentalistas islámicos (y los inciertos descendientes de charrúas) ante la indulgente “comprensión” de no pocos multiculturalistas e izquierdistas.

Algunos protestarán por haber incluido a los colectivos citados en la misma bolsa, pero me permito recordarles que a la hora de invocar la singular identidad de cada cual, “la nuestra” no tiene estatus de nobleza. A la hora de jugar al juego de las identidades, los del Ku Klux Klan también tienen derecho a la suya. Conviene no olvidar que en la llamada sociedad civil hay de todo, como en botica.

Hay una diferencia sustancial, que en la fiesta identitaria no siempre se percibe, entre exigir el cumplimiento del derecho de un negro o un gay a no ser discriminados por su condición a la hora de ingresar a la universidad (o a un bar), a que se escuche su voz en política y creer que existen *derechos específicos* de negros, gays y mujeres. Lo que hay que corregir son las desigualdades que les impiden ejercer sus derechos, no crear derechos especiales para ellos... como creo que ocurre con la figura del feminicidio de reciente creación (y estoy dispuesto a dejarme convencer de lo contrario con argumentos, no con consignas).

No discuto que para corregir las desigualdades entre razas, sexos y culturas haga falta algo más que apelar al respeto de las reglas de igualdad que rigen para todos en las democracias contemporáneas.

Lo que discuto es la convicción de que el remedio a una universalidad que no llega a ser tal sea impugnar a la universalidad como tal (por cierto, no hay que confundir universalidad con homogeneidad). La falta de igualdad en la sociedad no se corrige adorando y cultivando la diferencia. La desigual capacidad de influencia política tampoco se supera repartiendo nichos de influencia. Con la actual deriva, el peligro es que terminemos identificándonos no con los que compartimos una aspiración o un proyecto, que remiten al futuro, sino con *aquellos que se nos parecen*.

Nada tengo contra la ley de cuotas, siempre y cuando, claro, se acepte que es una disposición que no puede durar eternamente, que no es aceptable reservar una parte de la representación política a un grupo particular de ciudadanos. Mi crítica está dirigida a una concepción que parte del supuesto, ampliamente compartido por el sentido común, de que lo lógico sería que la composición de las instituciones políticas reflejara más o menos fielmente la estructura de la sociedad. Se lo reconozca o no, lo que se viene a decir es que si hay 50% de mujeres en la sociedad, a la corta o a la larga, tendremos que marchar hacia un Parlamento con 50% de mujeres, y con un porcentaje de legisladores negros y de homosexuales equivalente al peso que esas minorías tienen en la población. *Es esta idea la que pretendo impugnar*. Porque presupone que la mejor democracia es aquella en la que hay *uno de cada* en las instituciones. Si la representación se llegara a repartir como una torta entre los diferentes grupos adscriptivos para que se ocupen de “sus” problemas en el espacio público, se impone una pregunta: ¿y quién se ocupa de los problemas de todos? ¿O ya no hay más problemas de todos?

Si la política fuera una traducción exacta de la sociedad civil, terminaría en una guerra o bien en una feria a la que se concurre a reclamar lo propio, una conducta que, paradójicamente, se parece más a la del consumidor que a la del ciudadano. En el espacio público es donde se ponen en juego esas aspiraciones, donde se discuten y tramitan, cosa que no puede ocurrir cuando se entiende a la justicia casi exclusivamente como el reconocimiento de lo mío congelado en su radical inmediatez. Con la caída del ideal socialista, dice Zygmunt Bauman, “las reivindicaciones sociales se encuentran huérfanas. Estallaron en infinidad de demandas difusas. Guerras por el reconocimiento cuya primera víctima fue el ideal de una sociedad justa”.

◆◆◆

Para la justicia lo básico es el respeto igualitario hacia los individuos, no hacia los grupos. *La igualdad entre grupos no equivale a la igualdad entre personas*. Los grupos de identidad pueden gozar de parejos derechos y representación y, sin embargo, sus miembros sufrir desigualdad y opresión. La libertad del individuo frente al grupo es primordial, tanto en la sociedad en general como en el seno de las comunidades de identidad. Vale aclararlo porque la exigencia de respetar las tradiciones y especificidades de determinadas comunidades culturales, religiosas o étnicas a veces va de la mano del desprecio de la libertad *de los miembros de esa comunidad*. ¿Qué autonomía es más importante en una sociedad democrática, la de una “cultura” que impone a sus miembros la exigencia de que se casen entre sí o la de la joven afgana que quiere casarse con un joven británico? No deja de ser llamativo que quienes reclaman el respeto al sacrosanto derecho a la diferencia de las comunidades culturales no digan una palabra del derecho a la diferencia *de los individuos que las integran*.

La libertad cultural puede, y debe, incluir la libertad de cuestionar las tradiciones del grupo de pertenencia (por ejemplo, la de la joven afgana cuya familia ha emigrado a Europa). La diversidad no se garantiza sólo ni principalmente con la conservación de las diferentes “culturas”, sino también, y acaso principalmente, con *el derecho a elegir* de los miembros de esas culturas. La estigmatización de gays y lesbianas es antes que un ataque a una “identidad” genérica, un ataque *a la libertad de elección de los individuos que tienen esa inclinación sexual*.

La libertad también puede tener que ejercerse *en oposición a la diversidad cultural*. Nacer en una cultura particular *no es precisamente un ejercicio de libertad cultural*. Decirle a un niño: “como has nacido entre nosotros, esta comunidad (religiosa, cultural, étnica, nacional) es y será tu identidad” no es fomentar la libertad que le permitirá elegir.

El multiculturalismo goza de buena prensa. Tal vez porque arraiga en el sentido común (“cada cual es como es y nadie tiene derecho a impugnar las tradiciones y la ‘cultura’ de otros”). Pero convendría establecer alguna distinción entre las diversas formas de entenderlo: una celebra la diversidad *per se*, la otra pone el énfasis en la libertad de razonar y elegir, y celebra la diversidad cultural *siempre y cuando sea elegida con tanta libertad como sea posible por las personas involucradas*. El respeto por la



La muerte de Sócrates (1787), de Jacques-Louis David.

cultura no puede sacralizarse al punto de estar por encima de los individuos de carne y hueso.

A veces el multiculturalismo hegemónico se parece a la imagen de dos barcos que se cruzan en el mar por la noche sin siquiera hacerse señas. ¿Un multiculturalismo deseable es el de dos tradiciones que coexisten sin que haya diálogo o crítica posible entre ellas, “toleradas” una y otra? ¿No hay juicio razonado posible sobre esas tradiciones? ¿Hay que preservarlas a todas, cual especies en vías de extinción?

◆◆◆

No quiero terminar sin dedicar unas líneas al origen de no pocos de los equívocos señalados más arriba, que no es otro que la propia idea dominante de identidad. La pertenencia o la identidad no es un destino, no se las carga como se carga con el propio hígado. Ni está ahí para ser descubierta, se la puede elegir. No está definida únicamente por nuestra pertenencia a una comunidad específica, ya sea sexual, nacional, generacional, de clase, religiosa, ideológica o deportiva. Tenemos varias identidades, que se superponen, unas permanentes, otras

efímeras. Definirse por una única y exclusiva condición, supondría, como dice el premio Nobel Amartya Sen, reemplazar “la riqueza de llevar una vida humana abundante con la estrechez estereotipada de insistir en que toda persona está ‘situada’ exclusivamente en un grupo orgánico”. En lo que concierne a la “identidad nacional”, por ejemplo, a cuya búsqueda tantas energías han dedicado los intelectuales de este país, sin demasiado éxito a la vista, lleva implícita la idea de que nuestra identidad está exclusivamente definida por el lugar en el que nacimos. Y ello, además de ignorar las numerosas y heterogéneas identidades de grupo de quienes vieron la luz en determinado territorio (¿habrá acaso muchos uruguayos que sólo se sientan uruguayos y nada más que uruguayos?), supone un empobrecimiento, una amputación de nuestra propia condición. Somos mucho más que nuestra profesión, que el modo de vivir nuestra sexualidad, que la clase a la que pertenecemos y, ni qué hablar, que la nacionalidad que indica nuestro pasaporte. Y la forma de articular todo eso que somos *simultáneamente* es tarea del individuo. No existe ninguna

inapelable determinación del rebaño que nos pueda ahorrar la responsabilidad de decidir qué debe estar primero y qué debe quedar subordinado. No hay “valores colectivos” que reemplacen la ardua tarea de decidir qué queremos ser. Tal vez será por eso que quienes no tienen nada de qué envanecerse se enorgullecen de asuntos sobre los que no tienen arte ni parte, como el lugar donde nacieron, si son mujeres o descendientes de africanos. ¿Tenemos una única identidad (nacional, religiosa, sexual, étnica, cultural)? ¿La identidad es una elección y una responsabilidad de los individuos o es algo que “les viene dado”? Hay que andarse con cuidado a la hora de responder a estas preguntas, porque de las respuestas dependerá que asumamos la identidad como una cárcel o apenas como una circunstancia más de la vida que pretendemos llevar.

La confusión acerca de la idea de identidad convierte a seres multidimensionales en criaturas unidimensionales. Cuanto más obsesivamente unidimensional es la identidad, tanto mayor es el riesgo de la violencia, advierte Amartya Sen. Porque, claro, si considero que

un único y exclusivo rasgo es lo que me define y me constituye como ser humano, es posible que experimente cualquier crítica o irreverencia hacia ese rasgo como una ofensa imperdonable. Si sólo puedo tener una identidad, no es extraño que la elección de mis diversas adscripciones —nacional, racial, cultural, sexual o política— asuma la forma de “o lo uno o lo otro”, del “todo o nada”.

Se me ocurre que sólo es posible sobrellevar esta idea unidimensional de identidad incurriendo en monumentales contradicciones o en dolorosas amputaciones. Sin una aceptación razonada de las diversas filiaciones que nos constituyen, no habría forma de conciliarlas. La vida sería una permanente renuncia a una parte de nosotros mismos. Sin el recurso a la razón, una mujer autoidentificada como feminista, y que además se considere de izquierdas, tendría serias dificultades para armonizarlas y sucumbiría, por ejemplo, frente al dilema de votar a una mujer de derechas o a un candidato varón de izquierdas.

Nunca se pondrá suficiente énfasis en el papel del razonamiento

y la elección en el reconocimiento de nuestras identidades múltiples. Se nos dice que no podemos pensar fuera de la cultura en que nacimos. Es cierto que pensamos en determinado contexto espacial y temporal. Esa constatación no autoriza, sin embargo, a concluir que únicamente podemos sopesar y juzgar normas y actitudes desde los valores de la propia comunidad de pertenencia, porque los humanos no somos como los árboles, que están irrevocablemente condenados a permanecer en el lugar donde fueron plantados. Dotados de razón -facultad universal si las hay-, no estamos determinados a permanecer en el mismo lugar físico o espiritual en el que vinimos al mundo. Podemos comparar y elegir. Propio de los humanos es no quedarse únicamente con aquello que heredamos. Entre otras cosas, eso es cultura después de todo. El enfoque identitario, en cambio, convierte al comportamiento de los individuos en algo inexorable, que no se lleva nada bien con la idea de su autodeterminación. ■

COMO UN PÁJARO SIN LUZ

“QUIERO ESTAR en Montevideo, contigo, tirados en tu cama, escuchando música de la nuestra, acá estoy con toda mi familia encima”, me dice siempre, o casi siempre que hablamos por teléfono. Él vive en la misma ciudad de la que vengo yo, una especie de aldea de la Edad Media al Oeste del país, en el departamento de Colonia. Allí todavía se persiguen brujas, se persiguen raros y, ni qué hablar, se persiguen putos. A ellos se los quema con la saliva, con la baba infecciosa de las viejas, con los ojos enrojecidos de los padres, con la trágica y conservadora charla facebookera de los adolescentes que crecen al resguardo de la norma.

Allí todo es perfecto, todos son rubios, todos descienden de la Suiza más pura, allí simplemente no hay lugar para lo raro. Lo escucho al otro lado del celular, enternecido, atento, asombrado de su amor, asombrado de su belleza, de su juventud decidida. No puedo evitar admirar su esperanza intacta cada vez que me llama o me escribe y me dice “hola, amor”, largando algo hermoso y que a la vez conlleva peligro, como el vuelo de una mariposa de navajas. Espero casi todo el día para que me llame, escucho sus problemas adolescentes y trato de sacar mi mayor fuerza cuando me cuenta aquello que yo he vivido, recontra vivido y que para mí está en el cajón de los recuerdos, sea una novedad engeguedora. Lo quiero, pero no lo amo y cuando me dice “amor” me siento un traidor, me siento el amigo que esconde una mala noticia para no hacernos daño pero que en realidad es un balazo en el pecho que se da tarde o temprano.

Los mensajes de celular, o de Facebook, sin embargo, se me escapan: “Voy para allí el viernes, ¿te veo?”, o “el sábado de tarde tengo la casa sola, vení”. Y él aparece, allí, parado, chiquitito y enorme, manteniendo una dureza de samurái hasta el marco de la puerta, como si los vecinos estuvieran atrás de sus persianas observando (y seguramente así sea), pero cuando entra a casa siento que es mío y que soy suyo. Entonces estamos casi a salvo, nos damos la mano, nos besamos, gozamos del pecado. Al rato, cuando volvemos a ser los putos tibios que ya no sólo se desean como para masticarse, sino que además se cuidan como un juguete único el uno al otro, nos ataca esa soledad guardada de cada uno. Él vuelve a soñar con venir a Montevideo, con disfrutar sin culpa,

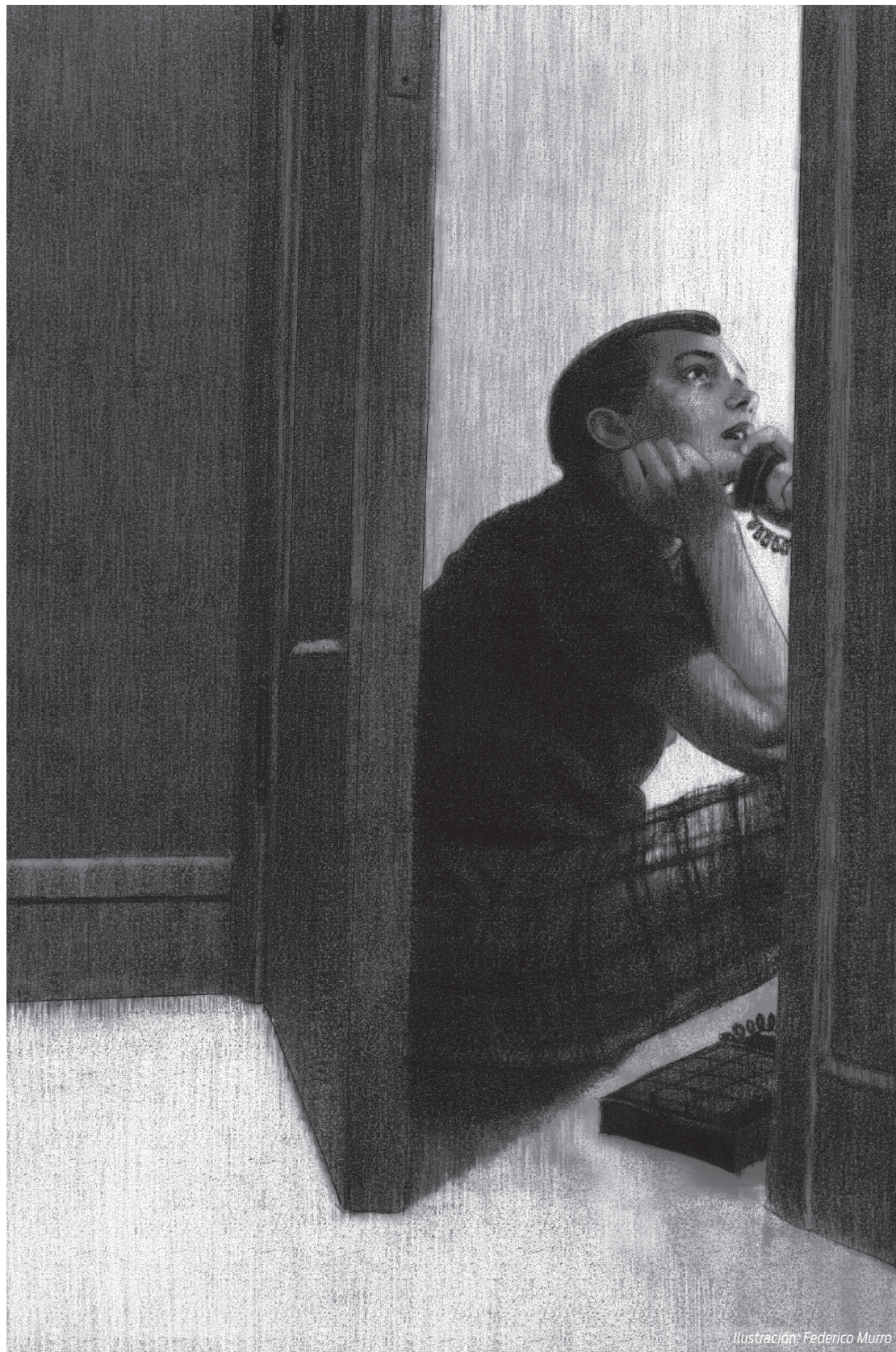


Ilustración: Federico Murro

con andar de la mano, con ser feliz, con poder decir “hola, amor” pero no por teléfono y a escondidas de su familia, con poder soltarlo en la cara de alguien, como quien tira una pedrada, rompe un vidrio y goza del sonido del cristal cayendo quebrado como gotas de algo bello.

Yo, por mi lado, jamás me perdonaría amargarlo, pasarle mis miedos, decirle que fui parecido a él y que Montevideo se abrió el vestido y me mostró la piel llena de heridas. Que me dejó acobardado, como un pájaro sin luz.

Él no tiene la culpa de mis temores, de mis desilusiones,

de mis soledades de puto -o mis soledades de bisexual, que son soledades de dos lados-, pero en algún momento algo le hará ver a mi ilusionado adolescente que el amor homosexual no es como en *Secreto en la montaña*, que no existe el brillo amoroso y gay de las series teen, como *Glee*, donde la pareja se abraza, se besa y baila “Dancing Queen” y todo se arregla.

Aquí no hay amor gay, porque la palabra gay significa feliz, aquí hay amor puto. De hecho, parafraseando a Pedro Lemebel, lo que conocemos del amor aquí en la ciudad es algún manoseo en la oscuridad del boliche, una

cogida rápida con alguien que conocimos en alguna de las tantas redes o, cuando mucho, una relación un poco enferma que dura poco, porque ambas partes tienen que lidiar con los demonios esos, esos diablos de colores que les andan en las venas a los putos que tienen sus soledades y tristezas mezcladas con la sangre.

Mi niño sigue anhelando venir, piensa que su amor acá va a ser más fácil, cree que en el ómnibus de camino a Montevideo va a sentir una picazón en la espalda y que, cuando abra la puerta de mi cuarto, vea mi cama, sienta el

olor de mis libros y mire por la ventana para ver que ésta es otra ciudad, la deseada, que su familia no está cerca, que la calle de mi casa no es la de su casa, ahí entonces esa picazón va a ser mucho más fuerte y le van a brotar unas alas enormes como a quien le explota la risa, y que ahí sí, va a ser un bello y feliz gorrión multicolor. Eso me dicen sus ojos tiernos, yo lo acaricio, le toco el pelo y parece que le goteara una luz de sol cuando paso mi mano por su cabeza. Pienso “no crezca, mi niño, no crezca jamás...”, y lo miro quedarse dormido, y lo miro, lo miro, lo miro, como si quisiera cuidarlo, pero me doy cuenta de que mi miedo es enorme, de que mi terror a que pierda lo que es ahora y salga lastimado es casi enfermizo. Y también tengo miedo de perderlo en ese mar de relaciones rotas, de besos babosos, de miradas obscenas, de hombres que gritan y bailan maquillados los viernes a la noche para olvidarse de que están solos. No quiero que le pase lo que me pasó algunas veces; que coger mal y salir de madrugada, insatisfecho y avergonzado del apartamiento de alguien, le parezca menos triste que no estar con nadie. Me brota mi Discépolo más interno y sanguíneo: “Somos la mueca de lo que soñamos ser”.

Me doy cuenta de que tengo pánico de que cuando ya viva en la ciudad de piel herida, en la marejada de la noche se olvide de mí, de mi beso, de mi cama, vea que hay otros placeres que van más allá de imaginarse lejos de la esquina en la que creció pequeño, ingenuo y bello.

No quiero dejar de fascinarlo, y qué patético miedo el mío, el ego del puto atropellado por un taxi que va a Caín en medio de la noche, que lo lleva a meterse a esa otra ciudad, a ese infiernito escondido que siempre dice ser libre y que todo lo acepta, ese orgullo de pelos de colores y banderas de la diversidad que a veces sale a la calle pero que busca al amor de su vida en Badoo. Si todo sale bien, que es decir, si todo sale mal, él va a venir, va a experimentar, lo van a desear, será la hermosa reina de la noche, va a crecer, y sí, tendrá esas alas, pero no las mismas, y un día me saludará de lejos, como quien encuentra un pétalo seco en un libro que hace tiempo no leía. Lo veré hermoso y ya crecido con otro, o con otros, y voy a sentir un llanto, un grito, una felicidad oscura en la garganta y me la voy a tragar para siempre, como un caramelo de dolores. ■

Isidore Hudson

Apoyan:



Redactor responsable: Lucas Silva / Edición y coordinación: Apegé / Diseño y armado: Martín Tarallo / Edición gráfica: Iván Franco
Ilustraciones: Federico Murro / Textos: Jorge Barreiro, Martha Capetillo Pasos, Ana Fornaro, Guillermo Garat, Isidore Hudson,
Ana Karina Moreira / Corrección: Magdalena Sagarra / Consejo asesor: Valeria España, Patricia P Gainza, Ana Karina Moreira